

Wolmar; mas valiera aguardar hasta las doce que privarse del gusto de almorzar juntos. Nunca los forasteros son admitidos por la mañana en mi cuarto, y se desayunan en el suyo. El almuerzo es la comida de los amigos; están escluidos de él los criados; los impertinentes no vienen á él; se dice todo cuanto se piensa; se revelan los secretos propios, se da suelta á sus afectos, y puede uno abandonarse sin imprudencia á las dulces satisfacciones de la confianza y la intimidad. Casi es este el único momento en que es lícito ser uno lo que es, ¡así durara todo el dia! ¡Ha, Julia, iba yo á decir, muy interesado es ese deseo! pero me contuve. La primera cosa que con mi amor he suprimido ha sido la alabanza. Alabar á uno en su cara, á ménos que sea su dama, ¿que otra cosa es que tacharle de vanidad? Ya sabe Vm., Milord, si es posible achacar este defecto á la señora de Wolmar. No, no, la honro en demasía para no honrarla en silencio. ¿Verla, oirla, observar su conducta no es suficiente elogio suyo?

 CARTA 12.^a

DE LA SEÑORA DE WOLMAR A LA SEÑORA
DE ORBE.

ESTÁ escrito, amada mia, que tú has de ser en todos tiempos mi seguro contra mí propia, y que despues de haberme librado con tanta dificultad de los lazos de mi corazon, me has de preservar tambien de los de mi razon. Despues de tantas crueles pruebas he aprendido á desconfiarme de los errores, como de las pasiones cuyos hijos tantas veces son. ¡Ha, si hubiera tenido siempre la misma precaucion! Si en los pasados tiempos hubiera hecho ménos aprecio de mis luces, ménos hubiera tenido porque avergonzarme de mis afectos.

No te asuste este preambulo. Indigna sería yo de tu amistad, si todavía tuviera que consultarla acerca de asuntos graves. Siempre fué el delito ageno de mi corazon, y me atrevo á creer que está de él ahora mas distante que nunca. Escúchame pues, prima, con sosiego,

y cree que no necesitaré jamás consejo sobre dudas que puede la honradez resolver por sí sola.

En seis años que hace que vivo con el señor de Wolmar en la unión más perfecta que entre dos esposos reinar puede, sabes que nunca me ha hablado ni de su familia ni de su persona, y que, habiéndole recibido de un padre tan zeloso de la felicidad de su hija como del honor de su casa, no he manifestado que deseaba saber acerca de su persona más que lo que tenía por conveniente decirme. Satisfecha con deberle, con la vida del que me la había dado, mi honor, mi sosiego, mi razón, mis hijos, y todo cuanto á mis propios ojos algún valor puede restituirme, estaba cierta de que lo que cerca de él ignoraba no desdecía de lo que conocía, y no necesitaba saber más para amarle, estimarle y honrarle todo lo posible.

Mientras nos desayunábamos esta mañana nos propuso dar un paseo, ántes que apretara el calor; después con pretexto de no andar por el campo en bata, nos llevó á los bosquecillos, y justamente, querida, al bosquecillo mismo donde tuvieron principio todas las desdichas de mi vida. Al acercarnos á este sitio fatal sentí yo

un horrendo latir en mi corazón, y me hubiera negado á entrar, si no me hubiese contenido la vergüenza, y si la memoria de una expresión que se dijo en el Eliseo el otro día no me hubiera hecho temer interpretaciones. No sé si estaba más sosegado el filósofo, pero habiendo por casualidad puesto los ojos en él le encontré amarillo, demudado, y no puedo explicarte la pena que todo esto me ha causado.

Al entrar en el bosquecillo ví que me dió una ojeada mi marido, y se sonrió. Sentóse en medio de los dos, y después de un rato de silencio, cogiéndonos á ámbos por la mano: hijos míos, nos dijo, empiezo á ver que no serán vanos mis proyectos, y que podemos vivir los tres unidos con una amistad duradera, capaz de hacer nuestra común felicidad, y mi consuelo en los achaques de la vejez que ya se acerca: pero como os conozco á entrambos mejor que vosotros me conocéis, es justo igualar las cosas, y puesto que nada teneis secreto para mí, no quiero tenerle yo para vosotros, aunque nada interesante que deciros tengo.

Revelónos entonces el misterio de su nacimiento que hasta aquí solo mi padre sabía. Cuando tú le sepas comprenderás hasta que

punto llegan la sangre fria y la moderacion de un hombre que por espacio de seis años ha podido callar semejante secreto á su muger; pero este no es para él de importancia ninguna, y piensa en él tan poco que no ha tenido esfuerzos que hacer para no descubrirle.

No detendré á Vm., me dijo, con la narracion de los sucesos de mi vida; ménos puede importarles el saber mis aventuras que mi carácter. Aquellas son tan uniformes como este, y en sabiendo bien lo que he podido hacer. Naturalmente tengo sosegada el alma, y frio el corazon: soy uno de aquellos hombres á quienes creen que les han dicho una grave injuria con decirles que nada sienten, esto es que no tienen pasiones que los desvien del camino recto que debe seguir el hombre. Como siento poco el deleyte y el dolor, es en mí muy débil aquel afecto de interes y humanidad que nos hace propias las afecciones ajenas. Si me da pena el ver padecer á los hombres de bien, no es por motivo de compasion, porque ninguna siento cuando veo padecer á los malos. Mi único principio activo es el natural amor del órden, y como una hermosa simetria en un cuadro, ó como un drama bien hilado en el teatro, lo mismo

exactamente me agrada el concurso bien combinado del juego de la fortuna con las acciones humanas. Si alguna pasion dominante tengo es la de observar. Me complazco en descifrar el corazon de los hombres; y como me ofrece pocas ilusiones el mio, como observo sin interes, y con sangre fria, y como me ha hecho sagaz una dilatada experiencia, rara vez me equivoco en mis juicios; esa es toda la recompensa de mi amor propio en mis continuos estudios, porque no gusto de representar papel sino de vérselo representar á los otros; y me agrada la sociedad para contemplarla, y no para hacer parte de ella. Si pudiera mudar la naturaleza de mi ser, y convertirme en un ojo vivo, de buena voluntad haria este cambio. De suerte que mi indiferencia para con los hombres no me hacia independiente de ellos; sin curarme de que me vean, necesito yo verlos, y sin amarlos son para mí necesarios.

Los dos primeros estados de la sociedad que tuve ocasion de observar fueron los palaciegos y los lacayos, dos clases de hombres que ménos en la realidad que en la apariencia se diferencian, y que merecen tan poco ser estudiados, y son tan fáciles de conocer, que á poco estudio me fastidié de ellos. Abandonando palacios, donde

muy en breve está todo visto, evité sin pensar el riesgo que en él me amenazaba, y de que no hubiera podido librarme. Mudé de nombre, y queriendo conocer á los militares fui á servir á un príncipe extranjero; entónces tuve la dicha de ser útil á tu padre que desesperado por haber dado la muerte á su amigo se exponia temerariamente, faltando á su obligacion. Desde esta época el sensible y reconocido corazon de este oficial empezó á hacerme formar mejor opinion del género humano. Se estrechó conmigo con una amistad á que no me fué posible rehusar la mia, y desde esta época no hemos cesado de mantener conexiones que de día en día se hacian mas íntimas. En mi nueva condicion conocí que no era el interes, como yo pensaba, único móbil de las acciones humanas, y que en el tropel de preocupaciones contrarias á la virtud, tambien hay algunas que le son favorables. Comprendí que el carácter general del hombre es un amor propio, indiferente en sí, bueno ó malo segun los accidentes que le modifican, y que penden de los usos, las leyes, la gerarquía, el caudal, y toda nuestra policia humana. Entregueme pues á mi propension, y despreciando la vana opinion de las condiciones ejercité sucesiva-

mente los diversos estados que me podian servir para compararlos todos y conocerlos unos por otros. Convencido, como lo ha notado Vm. en una de sus cartas, le dijo á San Preux, de que nada ve el que se contenta con mirar, y de que para ver obrar á los hombres es menester que uno proprio obre, me hice actor para ser espectador. Siempre es fácil bajar: probé una muchedumbre de oficios que jamas hombre de mi clase pensó en ejercitar: fui tambien labrador, y cuando me hizo Julia mozo de jardinero no me encontró tan novicio en la profesion, como hubiera podido presumirlo.

Con el verdadero conocimiento de los hombres, cuyas apariencias scias de la filosofia ociosa hallé otra utilidad que no habia esperado, que fué afilar mas con la vida activa el amor del órden que de la naturaleza he recibido, y coger nueva aficion al bien por el gusto de contribuir á él. Hizome este afecto algo ménos contemplativo, me unió un poco mas conmigo propio, y por una consecuencia bastante natural de este progreso conocí que estaba solo. La soledad que siempre me habia fastidiado se me hacia horrorosa, y no podia tener esperanzas de evitarla mucho tiempo. Sin haber per-

dido mi frialdad necesitaba alguien con quien estrecharme; la imágen de la decrepitud sin consuelo me afligia ántes de tiempo, y por vez primera en mi vida senti desasosiego y tristeza. Hablé de mi sentimiento al baron de Etange. Es menester, me dijo, no envejecer soltero. Yo mismo despues de haber en los vinculos del matrimonio vivido casi independiente, siento la necesidad de volver á ser esposo y padre, y me voy á retirar al seno de mi familia. De Vm. pende que sea la suya, restituyéndome el hijo que he perdido. Tengo una hija única por casar, no le falta mérito; tiene un pecho sensible, y el amor de su obligacion hace que ame todo lo que con ella tiene conexion. No es ni una beldad, ni un portento de inteligencia; pero venga Vm. á verla, y crea que si ningun cariño á ella siente, nunca le sentirá á ninguna en el mundo. Vine, te ví, Julia, y hallé que se habia quedado muy atras de la verdad tu padre. Tus rebatos, tus lágrimas de gozo al abrazarle me causaron la primera y acaso la única emocion que en mi vida he experimentado. Si fué ligera esta impresion, era la única, y la fuerza que para obrar necesitan los afectos es proporcional á la de los que les

resisten. En tres años de ausencia no hubo mudanza en el estado de mi corazon: cuando volví no se me escondió el estado del tuyo, y aquí es menester que te venga de una confesion que tanto te ha costado. Considera, querida, con que pasmo tan extraño supe entónces que le habian sido revelados todos mis secretos ántes de mi casamiento, y que se habia desposado conmigo, sabiendo que era yo de otro.

Esta conducta era indisculpable, continuó el señor de Wolmar: ofendia yo la delicadeza, pecaba contra la prudencia, arriesgaba el honor tuyo y el mio, y debia temer que ámbos nos despeñásemos en irremediables desdichas; pero te amaba, no amaba otra cosa, y todo lo demas era para mí indiferente. ¿ Como ha de reprimirse una pasion, aunque sea flaca, cuando no tiene contrapeso? Este es el inconveniente de los caracteres frios y sosegados; todo va bien mientras que los preserva su frialdad de las tentaciones, pero si sobreviene una que los embista en un punto son acometidos y vencidos, y la razon que gobierna cuando está sola, no tiene nunca fuerzas para resistir al menor esfuerzo. Una vez sola he sido yo tentado, y me he rendido; si la embriaguez de alguna otra

pasion me hubiera hecho otra vez vacilar hubiera dado tantas caidas cuantos tropiezos hubiera topado. Solo las almas de fuego saben pelear y vencer; todos los esfuerzos denodados, todas las acciones sublimes son efecto suyo; nunca obró la fria razon cosa que ilustre fuese; y solo se triunfa de las pasiones opiniéndolas una á otra. Cuando llega á suscitarse la de la virtud domina sola, y todo lo mantiene en equilibrio. Así se forma el verdadero sabio, que no está mas que otro cualquiera inmune de pasiones, pero que es el único que con ellas mismas sabe vencerlas, asi como el piloto adelanta con vientos contrarios.

Ya ves que no pretendo atenuar mi culpa, si hubiera sido una la hubiera cometido infaliblemente; pero, Julia, te conocia; y no lo fué el casarme contigo. Ví que de ti sola pendia toda la felicidad que podia yo gozar, y que si alguien era capaz de hacerte feliz á ti era yo. Sabia que eran necesarias para tu corazon la inocencia y la paz; que el amor que le llenaba no se las daría nunca, y que solo el horror del delito podia ahogar el amor. Ví que se hallaba tu alma en un entorpecimiento de que solamente con una nueva lid saldria, y que

la íntima conciencia de la estimacion que aun podias merecer era la única cosa que todavia te podia hacer estimable.

Tu corazon estaba exhausto para el amor; así estimé que nada significaba una desproporcion de edad que no me dejaba derecho para aspirar á un afecto que no podia disfrutar aquel que era su objeto, y que no era posible que ningun otro se grangease. Viendo por el contrario que en una vida que ya habia llegado á mas de la mitad de su carrera esta inclinacion sola habia yo sentido, juzgué que sería duradera, y fué mi complacencia dedicar á ella lo restante de mi vida. Nada en mis largas investigaciones habia hallado que valiese lo que tú; pensé que otra ninguna en el mundo podria hacer lo que tú no hicieses; me atrevi á no fiarme de la virtud, y me casé contigo. No estrañé que me escondieses el misterio que ocultabas; sabia las razones que para ello tenias, y tu prudente conducta me descubria la razon por la cual perseverabas en callar. Contemplando contigo imité tu reserva, y no quise privarte del honor de que me hicieras un dia espontaneamente una confesion que cada instante veia que se te queria salir del pecho. En nada me he engañado,

y has cumplido todo cuanto de ti me habia yo prometido. Cuando quise elegir esposa deseaba encontrar en ella una compañera amable, prudente y feliz. Cumplidos están mis dos primeros deseos; hija mia, espero que el tercero no nos falle.

Al oír estas palabras, no obstante todo cuanto me esforzaba para no interrumpirle como no fuese con mis llantos, no pude ménos de arrojarle á su cuello, exclamando: querido esposo mio; tú, el mejor y el mas amado de los hombres, dime que es lo que falta para mi felicidad, sino la tuya, y merecerla yo mas bien. . . . Tu eres tan feliz como es posible serlo, y lo mereces, dijo interrumpiéndome, pero ya es tiempo de disfrutar en paz de una dicha que hasta aqui tantas penas te ha costado. Si hubiera bastado tu fidelidad para mí todo estaba acabado desde el punto que me la prometiste; pero he querido ademas que fuera fácil y suave para tí, y en hacerla tal nos hemos ocupado entrámbos de comun acuerdo sin decirnoslo. Julia, mucho mejor lo hemos conseguido de lo que tú acaso piensas. El único defecto que en tí hallo es que no hayas vuelto á tener en tí la confianza que debes,

y que te estimes en ménos de lo que vales. No ménos que en la arrogancia hay riesgos en la demasiada modestia. Asi como una temeridad que nos incita á que acometamos empresas que exceden á nuestras fuerzas las hace ineficaces, el miedo que nos impide contar con ellos las torna inútiles. Consiste la verdadera prudencia en conocerlas bien, y en servirse de ellas. Con la mudanza de estado las has cobrado nuevas. Ya no eres aquella doncella desventurada que lloraba su flaqueza dejándose arrastrar de ella; que eres la mas virtuosa de las mugeres que no conoce otras leyes que las de la obligacion y el honor, y á quien la memoria sobrado viva de sus culpas es la única que reprenderse en ella pueda. Léjos de tomar contra tí propia injuriosas precauciones, aprende á contar contigo para contar cada día mas. Remueve de tí injustas desconfianzas que á veces pudieran excitar los afectos de que se originan, y tómate mas ántes el parabien de que supiste elegir á un hombre de bien en edad que tan fácil es engañarse, y por haber escogido en otro tiempo amante acreedor á ser hoy tu amigo á vista de tu propio marido. Apénas supe vuestra mútua amistad, cuando os estimé á uno por otro. Conoci el

falaz entusiasmo que á entrámbos os habia descarrado, que solo en las nobles almas tiene eficacia, y si alguna vez las pierde es por un aliciente que solo á ellas seduce. Colegí que el mismo gusto que habia formado vuestra union la disolveria, asi que fuese culpada, y que el vicio podia introducirse, mas no arraygarse en corazones como los vuestros.

Me convencí entónces de que reynaban entre vosotros lazos que no se debian romper; que estaba vuestro reciproco afecto conexas cosas loables, que mas convenia arreglarle que anonadarle, y que no podia ninguno de los dos olvidarse del otro, sin perder mucha parte de su valor. Sabia que las tremedadas batallas no hacen otra cosa que inflamar las violentas pasiones, y que si los excesivos esfuerzos ejercitan el alma, le cuestan tormentos cuya duracion puede abatirla. Hice uso de la dulzura de Julia para templar su severidad. Mantuve su amistad á Vm., le dijo á San Preux, quité de ella lo excesivo que podia haber, y creo que le he conservado á Vm. mas de lo que le hubiera dejado ella de su corazon, si le hubiera yo abandonado á si propio.

Animóme el feliz logro de mis proyectos,

y quise probar la cura de Vm. así como habia conseguido la suya, porque le estimaba, y no obstante las preocupaciones del vicio, siempre he visto que no hay cosa buena ninguna que de las elevadas almas con la ingenuidad y la confianza no se alcance. Le he visto á Vm. y no me ha engañado ni me angañará, y aunque no sea aun lo que debe ser le callo mas de lo que piensa, y estoy mas satisfecho con Vm. que Vm. propio. Bien sé que mi conducta parece estraña y opuesta á todas las máximas vulgares; pero las máximas son ménos generales á medida que mas bien se descifran los corazones, y no debe conducirse el marido de Julia como otro hombre. Hijos míos, nos dijo con tono eso mas afectuoso que procedia de un hombre tranquilo, sed lo que sois, y todos viviremos satisfechos. Solo en la opinion está el peligro, no temais nada de vosotros y nada tendréis que temer; no penseis mas que en lo presente, y yo respondo de lo venidero. No puedo deciros mas por hoy, pero si salgo con mis proyectos, y no me engañan mis esperanzas, mas fausto será nuestro destino, y sereis ámbos mas felices que si hubierais sido uno de otro.

Se levantó, nos abrazó, y quiso que nos

abrazáramos tambien en este sitio,.... en este mismo sitio donde otro tiempo.... Clara, mi buena Clara, ¡cuanto me has querido siempre! No puse, reparo ninguno, ¡ay, que mal hubiera hecho en ponerle! en nada se pareció este beso al que tan temible me habia hecho el bosquecillo; me di un triste parabien, y conocí que estaba mas mudado mi corazon de lo que hasta entónces habia pensado.

Cuando nos volvíamos á casa, me cogió mi marido de la mano, y enseñándome el bosquecillo de donde salíamos, me dijo riéndose: Julia, no temas de hoy mas ese asilo, que acaba de ser profanado. Tú no me quieres creer, prima, pero te juro que tiene un don sobrenatural para desentrañar lo que hay en lo mas recóndito del corazon; ¡consérvesele siempre el Cielo! con tantos motivos para despreciarme, sin duda que á esta arte debo yo su indulgencia.

Hasta aquí no ves que haya consejo que darne; paciencia, ángel mio; ya llegaremos, pero era necesaria la conversacion que acabo de contarte para hacerte cargo de lo restante.

Cuando nos volvíamos, mi marido á quien están esperando mucho tiempo hace en Etange,

me dijo que pensaba hacer mañana este viage que te veria de paso, y que se detendria cinco ú seis dias. Sin decirle todo lo que pensaba de una ausencia tan fuera de sazón, le representé que no me parecia tan indispensable que pudiera obligar al señor de Wolmar á dejar á un huésped á quien el propio habia brindado con su casa. ¿Quieres, replicó, que le trate con ceremonia para advertirle que no está en la suya? Yo soy partidario de la hospitalidad de los Valaisanos, y espero que encuentre aquí su ingenuidad y nos deje su libertad. Viendo que no me queria entender tomé otro sesgo, y procuré insinuar á nuestro huésped que le acompañase á este viage; vera Vm., le dije, una habitacion que tiene cosas hermosas, y de las que á Vm. le gustan, visitará el patrimonio de mis padres y el mio, y el interes que en mí tiene no me permite creer que le sea indiferente esta visita. Ya habia abierto la boca para decirle que se parecia esta quinta á la de milord Eduardo, que,.... pero tuve por fortuna tiempo de morderme la lengua. Respondióme llanamente que tenia razon, y que haria lo que yo quisiese. Pero el señor de Wolmar, que al parecer queria sacarme de mis casillas, le replicó que debia

hacer lo que á él le acomodase. ¿ Que quiere Vm. mas, venir ó quedarse? Quedarme, dijo sin vacilar un instante. Norabuena, quédese Vm., replicó mi marido, apretándole la mano. Hombre ingenuo y honrado; muy satisfecho estoy con esta respuesta. No habia medio de altercar mucho delante del testigo que nos escuchaba. Callé, y no pude esconder de modo mi desazon que no la conociese mi marido. ¿ Pues que, me dijo con semblante disgustado, en un momento que se habia desviado de nosotros San Preux, habré yo hecho un inútil alegato de tu causa en favor de tí misma? ¿ y se contenta la señora de Wolmar con una virtud que necesita escoger las ocasiones? Yo por mí soy mas mal contentadizo; quiero deber la fidelidad de mi muger á su corazon y no al acaso; y no me basta con que me guarde fe, sino que me ofende que dude de ella.

Llevónos despues á su gabinete, donde pensé no volver en mí del pasmo cuando le vi sacar un cajon con las copias de algunas relaciones de nuestro amigo que yo le habia dado, los mismos originales de todas sus cartas, que creia yo que habia visto á Babi quemarlas en el cuarto de mi madre. Aquí están, me dijo enseñándo-

noslas, los cimientos de mi confianza; si me engañasen fuera un desvario contar con nada de cuanto respetan los hombres. Entrego el depósito de mi muger y mi honor á aquella que soltera y seducida prefirió una accion de beneficencia á una cita única y segura; fio á Julia esposa y madre de aquel que, pudiendo contentar sus gustos, supo respetar á Julia soltera y enamorada. Aquel de vosotros dos que se desprecie á sí propio lo bastante para pensar que hago mal, dígalo y me retrato al instante. ¿ Prima, crees que fuera fácil responder á esta interpelacion?

Sin embargo esta tarde he llamado un instante aparte á mi marido, y sin meterme en argumentos que no me era licito seguir mucho, me he ceñido á pedirle un plazo de dos dias, que me ha otorgado al instante, y los empleo en enviarte este propio, y aguardar tu respuesta para saber lo que debo hacer.

Bien sé que me basta con rogar á mi marido que no se vaya, y quien nunca cosa ninguna me ha negado no me negará favor tan de corta entidad. Pero, querida, veo que tiene gusto en la confianza que me manifiesta, y me temo perder parte de su estimacion, si cree que

necesito mas reserva de la que él me permite. Tambien sé que con decir una palabra á San Preux no titubeará en acompañarle: ¿ Pero no lo conocerá mi marido? ¿ y puedo yo dar este paso sin conservar con San Preux cierto viso de autoridad que tendria apariencia de dejarle algunos derechos? Por otra parte, recelo que de esta precaucion colija, que la reputo necesaria; y este medio que á primera vista parece el mas fácil es acaso de hecho el mas arriesgado. Finalmente no ignoro que consideracion ninguna puede contrapesar un peligro real; ¿ pero hay efectivamente ese peligro? Esta es justamente la duda que tú has de resolver.

Cuanto mas quiero sondear el presente estado de mi alma, mas motivos encuentro de confianza. Mi corazon está puro, tranquila mi conciencia, no siento turbacion ni temor en todo cuanto en mí sucede, no me cuesta la sinceridad con mi marido esfuerzo ninguno. No quiere esto decir que ciertas memorias involuntarias no exciten de cuando en cuando en mí una terneza de que valiera mas vivir exenta; pero léjos de que nazcan aquellas con la vista de quien las ha causado, me parecen mas raras desde su regreso, y aunque sea verle para mí

muy grato, lo es mas pensar en él; en una palabra, hallo que ni siquiera necesito para tener sosiego en su presencia el auxilio de la virtud, y que los afectos que ha destruido esta renacerian con suma dificultad aun cuando no existiese el horror del delito.

¿ Pero, ángel mio, basta con que viva confiado mi corazon, si me debe atemorizar la razon? Yo he perdido el derecho á contar conmigo. ¿ Quien me responderá de que no sea todavía mi confianza ilusion del vicio? ¿ como me he de fiar de afectos que tantas veces me han engañado? ¿ no empieza siempre el delito por la soberbia que hace que se desprecie la tentacion? ¿ y arrostrar peligros á que una se ha rendido no es quererse rendir otra vez?

Pesa todas estas consideraciones, prima, y verás que aun cuando en sí propias fuesen vanas por su objeto, son de suficiente gravedad para merecer que sean atendidas, y sácame de la incertidumbre en que me tienen. Indicame como he de conducirme en este delicado lance; porque mis pasados errores han alterado mi discernimiento, y me han dejado muy medrosa para resolverme en semejantes cosas. Piensa

como quieras de ti misma, yo estoy cierta de que está serena y sosegada tu alma, y de que se representan en ella los objetos como son; pero la mía perturbada siempre como la onda agitada los confunde y desfigura. No me atrevo ya á fiarme de nada de cuanto veo y cuanto siento, y á despecho de tan largo arrepentimiento reconozco con dolor que el peso de una antigua culpa es una carga que abruma toda su vida al culpado.

CARTA 13.^a.

RESPUESTA DE LA SEÑORA DE ORBE A LA
SEÑORA DE WOLMAR.

¡POBRE prima, que de tormentos te das sin cesar á tí propia, con tantos motivos para vivir en paz! Todos tus males provienen de tí Israel. Si siguieras tus propias reglas, que en las cosas de afectos solo la voz interior escucharas, y que impusiera tu corazón silencio á la razón, te entregarías sin escrúpulo á la confianza que él te inspira, y no te afanarías á temer, contra

su testimonio un peligro que solo de él puede venir.

Te entiendo, sí, bien te entiendo, Julia mía; mas segura de tí de lo que finges, te quieres humillar por tus pasadas culpas; con pretexto de precaverte de otras nuevas, y tus escrúpulos no tanto son precauciones para lo venidero, como penitencia que te impones por la temeridad que te perdió en otro tiempo. Compara los tiempos, ¡que idea! compara también los estados, y acuérdate de que reprendía entonces yo tu confianza, como ahora reprendo tus temores.

Te engañas, querida niña mía, nadie se deslumbra á sí propio; si es posible que nos atolondremos acerca de nuestro estado no pensando en él, le vemos como él es, así que nos examinamos, y nadie se encubre sus virtudes no mas que sus vicios. Tu dulzura y tu devoción te han dado cierta propensión á la humildad. Desconfía de esa peligrosa virtud que no hace mas que concentrar el amor propio para animarle, y cree que vale mas la noble ingenuidad de una alma recta que la soberbia de los humildes. Si es necesaria la templanza en el recato, también se necesita en las precauciones que este